

## 1. Esa horrible máquina

Andrea llegó a casa en brazos de su padre, débil, pálida y cansada. Su hermano Javier la esperaba con el corazón encogido, mirando desde la ventana de la caseta del jardín. Al verla, sintió como si por dentro se le abriera un agujero profundo y oscuro.

Había vivido la misma escena varias veces en las últimas semanas y una tristeza contagiosa le formaba siempre un nudo en la garganta, provocándole unas terribles ganas de llorar.

En unas horas comenzarían los vómitos de Andrea, los cuchicheos de todos los familiares y el «Apártate de ahí, Javier, que molestas». Una vez más se vería confinado a la caseta, sin que nadie le echara de menos en casa. Y, sin embargo, con el paso lento y aburrido de las horas, él

no hacía otra cosa que extrañar a su hermana Andrea.

Por la noche, una vez más también, le preguntaría a Andrea cómo se encontraba y ella le contestaría que no muy bien. Entonces le pondría mil juegos y entretenimientos y Andrea le contestaría:

—Ahora no, Javier. ¡Estoy muy cansada!

Andrea estaba enferma y el tratamiento para curarla resultaba largo y doloroso. Algo había oído Javier de una máquina que le provocaba ese malestar a su hermana y, sin poder evitarlo, pasaba los días dando vueltas a qué podría hacer él para aliviarle el dolor.

Habían empezado las vacaciones escolares y, como todos los años, Javier estaba en su casa, aunque lo que ocurría nada tenía que ver ni con su vida de siempre, ni con esa casa en la que habían crecido Andrea y él. Ahora toda la actividad de la familia giraba solo en torno a su hermana, y él parecía haberse vuelto transparente.

Por eso nadie le echó de menos cuando, en esa ocasión, Javier decidió quedarse solo encerrado en



la caseta del jardín, que utilizaban como cuarto de juegos los dos hermanos.

Pasados unos días, cuando Javier se acercó como todas las tardes a ver a Andrea, no le preguntó qué tal se encontraba, si estaba mejor o no que el día anterior. No, en esa ocasión no quiso hablar de ninguna enfermedad. Tenía muy buenas noticias y no las iba a estropear.

—Andrea —le dijo—, he inventado una máquina fantástica para ti. Es maravillosa. La guardo en la caseta del jardín. Ponte buena y la probaremos.

Andrea, con esfuerzo, le preguntó en qué consistía la máquina y Javier le contó su secreto. Se trataba de una máquina extraordinaria que permitía viajar a otros tiempos y lugares. Una máquina que servía para olvidar lo que ocurría ahora y en este mundo.

Andrea sonrió y solo dijo:

—Ojalá.

Después se quedó dormida.